

Capítulo 4 - - Luces pálidas

- Capítulo 4 - - Luces pálidas

Capítulo 4 - - Luces pálidas

Ellos la esperaban en el muelle de la Carnicería.

Cada calle tenía un par de capuchones rojos vigilando a los transeúntes, obligando a cualquiera con capucha o velo a mostrar su rostro antes de dejarlo pasar. Angharad, manteniéndose en los callejones, observaba cómo comparaban las caras con pequeños trozos de papel. Solo pudo acercarse lo suficiente para ver que era un dibujo, pero eso le dio suficiente información: sus cazadores sabían cómo era y hacia dónde se dirigía. Preocupada, Angharad decidió ser paciente. Gasto uno de sus últimos tres árboles de plata en una habitación harapienta y una comida en una posada a dos cuadras del muelle, pensando que tendría mejores oportunidades por la noche.

Tras apagarse las farolas y agotarse los guardias, ella haría una carrera hacia la Campanita Azul. Obtuvo indicaciones para la nave, sacrificando un segundo árbol de plata para comprar cerveza a los marineros con monedas de cobre, y se acomodó a esperar. Las siestas en el montón de paja eran intermitentes, dejándola más cansada que al principio, aún más cuando fue sacada de ellas por gritos de ira. Despierta en un instante, sacó su sable y se dirigió a la puerta. La abrió solo lo suficiente para asomarse, y vio a un grupo de capuchones rojos cuyo oficial discutía en voz alta con el posadero y sus dos matones.

“-Ya pagaste el mes, no puedes entrar aquí y molestar a mis clientes,” gruñó el posadero.

Angharad no tenía muchas esperanzas: uno de los bandos llevaba espadas y mosquetes, el otro garrotes. La discusión duraría solo mientras la Guardia lo permitiera. Miró con cautela hacia adelante, vio que serían tomados por sorpresa y se tranquilizó antes de lanzarse. La defensa es demora. Los capuchones habían sacado espadas, pero no antes de que ella pudiera tomar la delantera, solo dos en la parte trasera agarrando mosquetes. Angharad pateó la pierna de un hombre cercano a una mesa, haciéndolo tropezar mientras lanzaba una maldición, y se agachó rápidamente cuando un disparo rozó su cabeza. Un vistazo robado le indicó que no había una emboscada delante, así que corrió hacia la noche, sus botas resonando en las losas.

Los capuchones la siguieron.

En una ciudad tan grande como Sacromonte, debería haber sido lo más fácil del mundo perderlos, pero por más que intentaba escapar por trozos de tiempo, el enemigo siempre lograba alcanzarla. Nunca parecían saber exactamente dónde estaba, pero tampoco estaban muy lejos. Contratista, pensó Angharad, temblando ante la realización. Habían contratado a alguien cuyo don espiritual podía encontrarla. Saberlo ayudaba poco, las horas se convertían en un tormento de correr y esconderse incesantes. Estaba exhausta, tanto por la huida como por el constante uso de su propio contrato para evitar emboscadas.

El Fisher no era como otros espíritus, cuyos precios eran constantes: había jurado un solo juramento a cambio de su don. Sin embargo, eso no significaba que mirar con cautela no fuera

agotador, lentamente volviendo sus pensamientos febril. Sentía como si su cerebro nadara en agua tibia, la presión creciendo lentamente tras sus ojos. ¿Cuánto podría resistir? No lo sabía, pero la salvación llegó sin aviso al amanecer. Justo cuando las farolas regresaron a su brillo total, los capuchones rojos quedaron atrás. Ya no estaban en su persecución, sino tambaleándose como si ella ya no fuera rastreada.

El alivio le embargó los ojos en lágrimas, y se arrastró por un callejón oscuro, impregnado de olor a basura y a suciedad humana, para colapsar tras un montón de tablas rotas. Lo que pareció un latido después, despertó al sonido de movimiento que la llevó a empuñar su sable, pero ante ella no había un hombre. Era una rata de ojos rojos, del tamaño de un gato, que la observaba sin pestañear. Detrás de ella, en la pared, vio una marca ensangrentada que había pasado por alto en su agotamiento anterior: siete ratas cuyos colas estaban atadas en un nudo, que a su vez engullía un cráneo. Era un trabajo crudo, apenas bocetos, pero de alguna manera supo exactamente qué estaba viendo en ese momento. Tragando fuerte, Angharad soltó su espada. Ésta resonó con estrépito contra el suelo.

“Mil disculpas, honorable anciano,” dijo apresuradamente el noble. “No quise perturbar su santuario.”

La rata de ojos rojos la observó inmóvil, sin moverse. Una disculpa no sería suficiente. Frunciendo el ceño, Angharad lentamente tomó su sable abandonado y presionó la palma contra el filo. Este cortó superficialmente, pero brotó sangre, suficiente para que pudiera extender la mano y dejar gotear rojo sobre la piedra delante de ella. Después de que la tercera gota gruesa cayó, la gran rata finalmente se movió, lanzándose hacia adelante para lamer la sangre, mientras Angharad exhalaba aliviada. Su ofrenda había sido aceptada; pocas eran las fuerzas que se volverían contra uno inmediatamente después de aceptar un regalo.

En el momento que siguió, la noble sintió que su sangre se enfriaba, como si una corriente helada recorriera sus venas. La presencia del Pescador la llenó. Él no parecía enojado ni preocupado, solo... expectante. El espíritu observaba, y la rata de ojos rojos se quedó quieta un instante antes de lamer lo que quedaba de su sangre.

“Buenas maneras,” elogió en una voz que parecía como mil chirridos entrelazados en un grito desesperado.

Angharad luchaba por mantener su horror fuera del rostro, una lucha que perdió cuando la rata enorme empezó a vomitar. Se convulsionó, como si muriendo, y escupió lo que ella creyó que era bilis roja. Solo que la bilis tenía forma de una rata. La aprobación del Pescador aumentó con la vista, y su presencia se retiró, haciendo que un escalofrío le recorriera la espalda. Ese momento de distracción fue suficiente para que la rata de ojos rojos desapareciera de su vista, dejando solo la marca escupida en la pared y la pequeña abominación ensangrentada a sus pies. Ella guardó su espada, se levantó con cansancio y presionó la corte en su palma para cerrarla. Habría tomado un momento para venderla si no fuera porque la rata de sangre empezó a huir rápidamente.

Apretando los dientes, la noble de piel oscura dejó de dudar y siguió la dádiva que el espíritu le había concedido.

Siempre permanecía en el borde de su vista, moviéndose tan rápido que no podía dedicar una sola mirada a sus alrededores mientras avanzaba. Entretejiéndose por un laberinto de callejones sucios, corrió, comenzando lentamente a comprender que la conducían en dirección al Muelle del Pescadero. La pequeña criatura se mantenía alejada del resplandor de las farolas y los pilares de piedra, trazando un camino laberíntico, pero a través de sombra tras sombra, Angharad fue guiada hasta un final. El hedor a alcantarilla le invadió los sentidos, haciendo que vomitase, y cuando estuvo a punto de un arcada seca, vio que la pequeña rata de sangre la miró una última vez antes de correr hacia el borde de una puerta de alcantarilla.

Allí se deshizo, transformándose en gotas de sangre que se deslizaron en la podrida humedad.

Mostrando buenos modales, Angharad ofreció una temblorosa reverencia de agradecimiento ante la puerta del alcantarillado antes de cubrirse la boca. Con cuidado, se acercó al borde del callejón, con los ojos entrecerrados por el resplandor de las farolas, a las que de alguna manera se había acostumbrado. Tratar con espíritus nunca era tan sencillo como uno quisiera. Durante las primeras miradas estuvo perdida, hasta que se asomó más allá y vio a un par de capuchas rojas inspeccionando a todos los que pasaban por la calle. Solo que, tal como Angharad observó, ella ya había pasado más allá. Con el corazón palpitándole de alivio y entusiasmo, la noble se volvió hacia la puerta del alcantarillado y volvió a inclinarse.

“Recordaré este favor, venerado anciano,” prometió.

En un instante, una pistola se descargó tras ella, recordándole a Angharad Tredegar que tratar con espíritus nunca era tan sencillo como uno quisiera.

“No te muevas,” ordenó severamente una voz femenina en Antigua. “Da la vuelta y muéstrame tu—”

Si ella intentaba escapar—

(La bala atravesó su espalda, dejando un ardiente rayo de dolor.)

-Angharad se lanzó hacia un lado, la herida rozando el borde de su capa. En un giro fluido, desenvainó su sable y encaró a la capucha roja, quien juzgó que no podría recargar a tiempo y dejó caer su fusil en favor de la espada recta en su cinturón. La noble sincronizó su respiración con sus pasos, su cuerpo moviéndose con la graciosa fluidez de años de práctica. No hacía falta vislumbrar el futuro cuando podía verlo claramente en la forma en que se movía su enemigo. La hoja de la capucha roja salió de su vaina, lanzándose hacia adelante, pero Angharad giró su muñeca con calma, negándole contacto y devolviendo la hoja a su lugar. Su pie trasero la impulsó hacia adelante en un golpe limpio, clásico, que abrió la garganta del oponente.

La otra mujer cayó con un quejido húmedo, el sonido ahogado por los asesinos de la Guardia que ya se acercaban. Angharad corrió, guiada por las indicaciones que había comprado la noche anterior, justo lo suficiente para evitar desviarse en la dirección equivocada. Esta maldita ciudad, con su callejón sin señales, parecía esperar que todos supieran su camino. Los muelles estaban cerca, a solo unas cuantas manzanas, pero el bullicio había evacuado las calles, permitiéndole ver a las capuchas rojas correr tras ella. Solo una decena al principio, pero luego más de todos lados,

como si cada calle expulsara hombres armados. Aceleró, el sudor empapándole la espalda, mientras luchaba por mantenerse fuera del alcance de los mosquetes—los disparos seguían resonando, alimentando la angustia en su vientre—hasta que por fin alcanzó el largo muelle de piedra que le habían descrito.

Una vieja góndola esperaba al final, sus velas negras como las de todas las embarcaciones de la Guardia, y Angharad sintió que su espíritu se avivaba. Estaba cerca, cada vez más cerca, y... El disparo vino desde más cerca, de una ventana en un almacén tras ella, y aunque se arrojó al suelo a tiempo, el proyectil impactó justo en un montón de cajas. Por suerte vacías, pensó incluso mientras su hombro dolorido hacía que dos caieran al agua, pero quedó enredada en la red que las mantenía juntas. Liberarse de ella le costó tiempo valioso, mientras el grupo de perros de caza que le ladraban desde atrás llegaba al muelle.

“Deténganla,” gritó un hombre. “¡Manes, cuenten conmigo! Si siguen fallando en atraparla—”

La campana Azul estaba a solo unos treinta pies, pero la Guardia estaba tan cerca que casi podía sentir su respiración en el cuello. Girando medio cuerpo, vio a un hombre alcanzándola por el brazo y se apartó, pero entonces escuchó un disparo y... las capuchas rojas se detuvieron en seco. Se dio cuenta, con retraso, de que el disparo venía de frente, y allí encontró a una vieja mujer, con su solo mano, sosteniendo una pistola humeante. Había lanzado un tiro de advertencia, en frente de las capuchas rojas.

“¿Angharad Tredegar?” llamó la anciana.

“Sí,” respondió la noble, la palabra casi un suspiro de alivio.

“Te estábamos esperando, muchacha,” gruñó el hombre de capa negra. “¡Sube a la maldita nave, que se nos escapa la marea!”

Angharad dio un paso vacilante hacia la campanilla azul, luego vio cómo su duda se reflejaba en los rostros de los rojos, mirándola fijamente, y eso le dio valor para dar un segundo paso. Antes de dar un tercero, un oficial de la Guardia avanzó hasta el frente del grupo, un joven bigotudo cuyas hombros estaban cubiertos de elaborados trenzados y medallas.

“¿Qué diablos están haciendo ustedes, idiotas?” gritó el hombre. “Apunten, ella es—”

“Ella está bajo la protección de la Guardia, muchacho,” interrumpió la anciana desde arriba. “Da media vuelta antes de que esto se torne desagradable.”

Angharad retrocedió lentamente, tratando de no llamar la atención, consciente de que en el muelle no había ningún refugio: todo era piedra desnuda. Al menos una docena de mosquetes apuntaban desde la multitud, y con tantas personas en línea fija en ella, una sola mirada no podría salvarle la vida.

“¿Muchacho?” repitió el joven, enrojeciendo. “Capitán para ti, vieja zorra, y lo mejor sería que desaparecieras en tu barco antes de que—”

Angharad dio un paso más hacia atrás, pero esta vez fue vista, y media docena de mosquetes fueron dirigidos en su dirección. Sin embargo, en el tiempo transcurrido, los capotes negros no estaban ociosos, y ahora marineros asomaban por el costado del barco, apuntando sus mosquetes hacia los rojos. Contó nueve, un número que le hizo encoger el estómago. ¿No había más marineros en la nave?

“¿Antes de qué?” se burló la anciana. “Si siquiera intentas dispararnos, capitán niño, será una guerra que tendrás en tus manos.”

“Una guerra que ganaré,” replicó el bigotudo. “Tengo la cantidad suficiente para asaltar tu nave si no cesas.”

Parecía confiado, y al observar los números todavía en aumento de los rojos—más venían del callejón trasero—tuvo que admitir que tenía razón. No todos portaban armas de fuego, pero todos estaban armados y ya debían ser unos cuarenta. La capa negra se rio con desprecio ante la amenaza.

“¿Y qué crees que pasará después?” preguntó ella. “¿Que cuando llegue la noticia a la Cárdena que Sacromonte ha roto los Acuerdos Iscariote y que atacaste una nave de la Guardia en el cumplimiento de sus obligaciones?”

Un escalofrío de inquietud recorrió a los guardias.

“Nuestras órdenes son absolutas,” respondió el oficial con firmeza.

“Recuperarán todas las compañías desde las Puertas Quebradas hasta la Luz Llorona, muchacho,” dijo el hombre de capa negra con un brazo amputado, “para quemar esta maldita ciudad hasta los cimientos. Para hacer un ejemplo de Sacromonte.”

Ella se mofó.

“Solo que quien te controla a ti no querrá ese war en sus cabezas,” dijo la capa negra. “Así que lo que harán será enviar todas tus cabezas a la Cárdena en una cesta como disculpa, antes de llenar sus arcas con reparaciones.”

La inquietud se convirtió en alarma, y algunos guardias dieron un paso atrás. La cara del oficial, con el rostro enrojecido de ira, no tenía respuesta.

“Me pregunto cómo les gustará pagar a los infanzones por tu error,” añadió la anciana con una pequeña sonrisa maliciosa. “¿Acaso no son almas perdonadoras? No lo tomarán con vuestras familias después de que mueran.”

Y esa fue la detonación que marcó la retirada. Otro oficial, mayor pero con la mitad de medallas llamativas, apartó al capitán y habló en voz baja. De todos modos, ya estaban guardando sus armas, y por más lealtad que tuvieran, esta no valía más que la perspectiva de que les cortaran la cabeza. Por mucho que ella lo agradeciera, Angharad no pudo evitar sentir un leve acto de desprecio. Los verdaderos soldados no vacilarían ante amenazas. La debilidad de Sacromonte era

que no contaba con nobles gobernantes adecuados, esa debilidad permeaba hasta abajo.

“Recordaré esto,” gruñó el capitán, apartándose con rabia del otro soldado de capa roja.

“Y nosotros también te recordaremos a ti, joven capitán,” replicó la de capa negra al llamar de vuelta. “Deberías preocuparte mucho más por eso.”

La Guardia se dispersó rápidamente, como avergonzada por haber sido vista huyendo, y Angharad finalmente exhaló con alivio. Lo había logrado. La anciana le gritó que se apurara y ella corrió escaleras arriba, notando que detrás del costado del barco había otros doce marineros. Estaban guardando órdenes de fusiles y orbes metálicos con mechas que Angharad reconoció como zhentianlei, esas temidas granadas Tianxi. No era de extrañar que la mujer con un solo brazo no temiera a los soldados de capa roja: en la multitud de los muelles, sin cobertura, habría sido una masacre. La noble ofreció una breve inclinación de agradecimiento a la de capa negra.

“Gracias por tu protección, mi señora,” dijo Angharad. “No lo olvidaré.”

“Me llamo Celipa, y no soy ninguna señora,” resopló la anciana. “Tú no me debes nada, muchacha. Tienes sangre en lo negro y además eres pariente de Osian.”

Ella parpadeó sorprendida.

“¿Conoces a mi tío?”

“Ambos formamos parte de la caza del Comedor de Cascos,” le confesó Celipa, señalando el muñón de su brazo perdido. “Tras que un esclavo le mordiera, me ayudó a instalarme en la Bluebell.”

Angharad se asfixió. ¿El Comedor de Cascos, aquel espíritu supremo cuyos garras desgarraban barcos y cuyo ejército de esclavos enfurecidos había convertido en su guarida una antigua fortaleza? La muerte de aquel espíritu hace unos años había sido celebrada en su tierra, pero su tío Osian nunca había insinuado que haya estado involucrado. Difícilmente podía imaginar a un hombre que su madre siempre había considerado —por muy cariñosamente— inútil para luchar contra un monstruo así. Sin saber qué decir, la noble dijo algo sobre cómo su tío era un hombre responsable, mientras Celipa la guiaba por la cubierta hacia unas amplias escaleras que descendían al interior del bergantín.

“Antes de dos días estaremos en el Dominio,” dijo Celipa en voz baja. “Aprovecha ese tiempo para encontrar aliados, Tredegar. Los que están solos siempre mueren en la segunda prueba.”

Hacerla callar con un simple “señora Angharad” habría sido una muestra de ingratitud, así que la noble reprimió esa idea antes de que pudiera salir de sus labios. En su lugar, asintió en silencio, agradecida por el consejo, y atravesó la cubierta inferior —la cocina, los dormitorios de la tripulación y el arsenal— para llegar a la bodega en el fondo. Allí encontró a los viajeros con quienes compartiría el camino, habiendo reclamado al azar rincones y literas. Desde que entró, todos la miraron fijamente, signo del precio de ser la última en llegar, pero mantuvo la espalda recta. No era momento para mostrar debilidad.

Un vistazo general a la bodega le reveló que allí debían ser más de veinte personas, pero lo que realmente capturó y mantuvo su atención fue el cuarteto bien vestido que se encontraba al fondo, atendido con cuidado. Dos hombres y dos mujeres. La similitud en los rasgos y los capas rojas y azules idénticas de los hombres los delataba como familia, pero las otras dos eran distintas: una alta y delgada, con cabello rubio corto recogido en un moño, y la otra, una belleza de cabello negro y seductor, con ojos verdes hermosos. Desde el primer momento supo que eran nobles, los infanzones, como los llamaban en Sacromontes. La belleza le sonrió dulcemente y luego dirigió una mirada a una joven con uniforme de sirviente que estaba a su lado.

Un par de pasos después, la doncella le ofreció a Angharad una elegante reverencia, inclinando la cabeza.

“Señora Isabel le invita a que se presente, mi señora,” dijo la joven.

Angharad la reconoció con un cortés asentimiento, preparándose por un momento antes de acercarse a sus pares nobles. Los hombres parecían aburridos ante su llegada, uno incluso parecía molesto, pero la sonrisa de la señora Isabel era aún dulce y su delgada acompañante parecía curiosa. Como parte invitada, Angharad se presentó primero.

“Lady Angharad Tredegar de Llanw Hall,” dijo, haciéndose una ligera reverencia. “A su servicio.”

“Qué finura,” exclamó la hermosa de ojos verdes, colocando una mano en su pecho. “Soy Lady Isabel Ruesta, Lady Angharad, pero puede llamarme Isabel.”

“Sería un gran placer,” respondió Angharad, luchando por mantener la vista lejos del corte halagador del vestido de Lady Isabel.

La mayoría de sus amantes se parecían más a la otra noble que aquí que a la hermosa Isabel, pero Angharad podía apreciar la belleza en todas sus formas. Incluyendo los vestidos ceñidos de brocado amarillo. Como una distracción voluntaria, volvió la vista a la mujer junto a Lady Isabel.

“Lady Ferranda Villazur,” se presentó la delgada mujer, con tono distante. “Un placer.”

Angharad devolvió la cortesía, aunque apenas había terminado de hablar cuando uno de los hombres interrumpió.

“Tienes un aspecto Malani, pero el nombre no encaja,” soltó el noble con tono burlón. “Es extraño.”

La expresión de Angharad se volvió rígida, sintiendo la acusación implícita de ser una impostora.

“Eso es, Remund, porque ella no es Malani,” refutó el otro hombre con desdén. “Estos son nombres de Peredur.”

Luego le ofreció una reverencia y una sonrisa ensayada. A segunda vista, parecía mayor que el rudo, con rostro más afilado y refinado.

“Soy Lord Augusto Cerdan,” dijo. “Perdón por la rudeza de mi hermano, Lady Angharad. Él nunca aprendió a comportarse con cortesía.”

“No es nada, Lord Augusto,” respondió Angharad con rapidez, su humor amargado.

Aún más amarga se volvió por la mirada evaluadora de Lord Remund sobre ella.

“Ah, Peredur,” dijo el infanzón. “Ya se me había olvidado. Aunque no eres mucho más pálida que las otras Malani. Esperaba una diferencia mayor.”

La mandíbula de Angharad se tensó. Peredur no era como las demás islas del Reino de Malan. Era casi imposible conquistarla sin una gran flota, por lo que los antepasados de Angharad, a diferencia de los Malani, no habían barrido la isla en una tormenta de hierro y fuego. En cambio, se habían establecido en la tierra y aliado con los antiguos habitantes de Peredur, entrelazando sangre y creciendo lentamente en un solo pueblo. Y los antiguos Pereduri habían sido hombres de piel pálida, por lo que, hasta hoy, algunas almas ignorantes esperaban que la gente de Angharad fuera mucho más pálida que la de los Malani. Al menos los más corteses.

Los menos respetuosos preferían insinuar que los antiguos Pereduri eran hollows, criaturas tenebrosas. Una locura total. Las islas estaban bañadas en la luz del Resplandor, ningún hollow podría haber vivido allí sin quemarse. Además, algunas tribus salvajes encontradas en las colonias habían demostrado que algunos pueblos de piel clara no carecían de alma, simplemente nacían con esa carne, no la adquirían por el abrazo de la Gloam. Sin embargo, a algunos les convenía insinuar que la gente de Peredur descendía de esclavos y salvajes, las mismas hordas que se aliaron con demonios para traer la Noche Antigua.

“Por desgracia,” respondió Angharad con frialdad, “parece que debo decepcionar.”

“Remund,” admonió Lady Isabel, dándole una suave palmada en el brazo. “Sé buena.”

“Oh, supongo,” murmuró Lord Remund. “El placer es todo mío, Lady Angharad.”

Isabel parecía más divertida que nada, lo cual provocó un destello de satisfacción en los ojos del más joven Cerdán que Angharad reconoció. Ah, pensó ella. Quizá su mirada de aprecio no había sido tan sutil como había creído. Desde el rabillo del ojo, vio al Lord Augusto observando a la Lady Isabel y a su hermano con evidente disgusto, antes de apartar la vista con una sonrisa forzada. Hizo un comentario reprochando sobre la inmadurez, interponiéndose entre los dos. Angharad casi se estremeció.

“Parece que tu capa ha sido rozada,” dijo Lady Ferranda, apartando su atención. “¿Una desgracia en el viaje?”

La mirada firme de la otra mujer permaneció en el lugar donde la bala perdida había alcanzado su sobretodo anteriormente. Angharad no tenía intención de mencionar sus problemas a estas desconocidas, nobles por igual o no, pero entonces sospechó que Ferranda Villazur era muy consciente de que aquello no era solo una rozadura.

“Tuve un inconveniente con mi baúl,” contestó Angharad, evitando cuidadosamente mentir. “Voy a viajar ligera.”

“Oh,” dijo suavemente Lady Isabel, alejándose de los hermanos, “eso simplemente no será aceptable. Lady Angharad—¿o puedo llamarte Angharad?”

Encantada, ella devolvió la sonrisa de Sacromonte.

“Por supuesto.”

“Entonces llámame Isabel, Angharad,” ofreció firmemente la belleza. “Mis damas podrán arreglar tu capa, son muy hábiles con sus manos.”

Se quedó momentáneamente en duda, pero el vendaje que había colocado sobre su herida ayer no debería ser visible debajo de su camisa. Además, sería sospechoso negarse.

“Estaría muy agradecida,” dijo, quitándose el abrigo.

“Beatris,” llamó Isabel, convocando a otra doncella. “¿Podrías arreglar la capa de Lady Angharad, por favor?”

“Por supuesto, mi dama,” respondió la doncella de cabello oscuro, haciendo una reverencia antes de acercarse.

Tomó la capa cuando Angharad se la ofreció. Isabel miró a Lady Ferranda con una expresión.

“Realmente deberías haber traído una doncella, Ferra,” dijo. “Tu hombre no parece saber usar una aguja.”

“Sanale cumple una función diferente,” respondió Lady Ferranda. “Puedo cuidar de mis propios asuntos, Isabel.”

“No hace falta esa espada alquilada, te lo aseguro,” sonrió Lord Remund. “Me encargaré de nuestra seguridad, igual que nuestro buen Cozme. Uno de los mejores soldados del servicio Cerdán, solo por detrás de mi propia espada más fina.”

“Si solo tu espada rápida fuera la mitad de veloz que tus bragados,” dijo suavemente Lord Augusto, “aunque habla la verdad, Lady Ferranda, que es nuestro deber como hijos de Cerdan velar por tu seguridad en esta prueba. Nunca debemos abandonar a una mujer en necesidad.”

“Qué amable,” replicó Lady Ferranda, con un tono mordazmente equilibrado.

No parecía impresionada, pensó Angharad, pero entonces no era ella quien había sido objeto de la mirada de Augusto. Lady Isabel sonrió de nuevo a la anciana Cerdán, pero en el instante siguiente dejó escapar un pequeño sonido de sorpresa antes de avanzar con agilidad. Sus cálidos dedos agarraron el brazo izquierdo de Angharad, levantando la manga de su camisa y mostrando las diez líneas plateadas tatuadas allí sobre su piel oscura.

“Un tatuaje,” dijo Isabel, tocando suavemente. “¿Qué podría significar, Angharad?”

Los gestos que le dirigieron los hermanos Cerdán fueron claramente hostiles. Lady Ferranda intervino antes de que pudiera recomponerse y responder.

“Maestra de espadas,” dijo la mujer alta, exhalando sorprendida. “Esas son las marcas de una maestra de espadas malani.”

Habrían sido esas, si fueran negras y estuvieran en el brazo derecho de Angharad en su lugar, pero tras esa torpeza inicial de Remund, no tenía intención de explicar la sutileza.

“Es una tradición similar,” dijo simplemente Angharad.

De repente, los Cerdan parecieron estar mucho más atentos a ella. Lo suficientemente cautelosos como para intentar alejarla, pensó, pero cualquier intención que pudieran haber tenido fue rápidamente frustrada. Los ojos de Lady Ferranda brillaron ante su confesión, dando paso a la primera sonrisa que Angharad había visto en la otra mujer.

“Entonces debes quedarte con nosotros,” afirmó con firmeza Ferranda Villazur. “Me interesa mucho hacerte algunas preguntas sobre esas prácticas.”

--

Por mucho que Angharad estuviera acostumbrada a la compañía de otros nobles, también sabía que el título de su familia solía figurar entre los menos importantes en la sala. Aunque su madre había sido una mujer adinerada y con cierta renombre como capitana, Llanw Hall no era una gran hacienda. Comparada con las grandes familias izinduna de las que procedían algunos de sus oponentes en los torneos, la Casa de Tredegar parecía diminuta. Por ello, había desarrollado la habilidad de reconocer quiénes eran las personas de poder en la sala. Jugar a la corte con los cuatro infanzones le permitía volver a ese hábito, y si bien no era cómodo, al menos le resultaba un poco nostálgico.

La Casa de Cerdan, aprendió, era con diferencia la más relevante de las familias nobles presentes. Aunque no era una de las familias fundadoras de Sacromonte, quienes remontaban su linaje a la época dorada del Segundo Imperio y tenían un gran control de la ciudad, tampoco era muy inferior a ellas. Aunque Augusto y Remund no pertenecían a la rama principal, eran sobrinos nietos del señor de la casa y, por tanto, no eran hombres que debieran ser ignorados.

Además, se detestaban.

Al observar cómo caían en una disputa velada por tercera vez en una hora, Angharad levantó una ceja hacia Lady Ferranda. La noble de estatura alta suspiró, esperando a que Isabel se inclinara hacia adelante para actuar como mediadora entre los hermanos, antes de contestar.

“Hay una herencia en juego,” susurró. “Remund es más joven, pero ha conseguido un contrato. Casarse con alguien de buena posición sería la manera de asegurarse la victoria.”

Y Lady Isabel Ruesta, dedujo Angharad, sería un muy buen matrimonio en realidad. No solo era una mujer de gran belleza, sino que era la única hija de los Ruesta, una familia de linaje poco distinguido, pero muy acaudalada. No es de extrañar que los hermanos se atacaran como perros rabiosos cada vez que uno conseguía captar su atención en lugar del otro.

“Pobre Isabel,” simpatizó Angharad.

Lady Ferranda encogió los hombros. Era una mujer de pocas palabras y actuaba con cautela frente a los demás. No sorprendía, teniendo en cuenta que los Villazur estaban bastante por debajo en importancia respecto a las otras dos casas. Ella había sido franca acerca de su intención de aprovechar una buena actuación en las pruebas para engrandecer el nombre de su familia y devolverla a la consideración de los infanzones, e incluso asegurar un matrimonio ventajoso. Había estado preparándose para esto durante años, llegando a contratar los servicios de un hombre llamado Sanale, a quien afirmaba ser un cazador malani.

“¿De qué isla viene?” preguntó tranquilamente Angharad.

Dada la reputación de los honderos malani, no era una afirmación inusual incluso entre aquellos que nunca habían visto las Islas.

“¿Importa qué isla en particular lo expulsó?” se rió Remund, poniendo los ojos en blanco.

“Uthukile,” respondió Lady Ferranda, sin hacerle caso.

Angharad se recostó en la silla que le habían ofrecido, observando el elaborado bordado de cuentas que colgaba del manto de Sanale, sentado entre los sirvientes. No podía ver su rostro, pero los colores de las cuentas eran característicos de la Isla Baja. Parecía una afirmación creíble.

“Me enseñaron que son los mejores tiradores y rastreadores en Malan,” reconoció el noble.

Y por ello, toda Vesper, aunque sería de mala educación decir tanto. Sin embargo, peligrosos navegantes. Madres y madres siempre lamentaron que tan pocos se embarcaran, a pesar de lo hábiles que eran con los fusiles. La señora Ferranda se enderezó, visiblemente complacida, y Isabel frunció el ceño.

“Lo tomas todo demasiado en serio, Ferra,” afirmó la mujer de cabello oscuro, y luego se levantó con delicadeza. “Y debo admitir que me cansa esta aburrida estancia. ¿Vamos a dar un paseo?”

Augusto, el mayor de los Cerdan, no perdió tiempo y fingió imitarla, ofreciéndole su mano.

“Exacto,” dijo, “tú y yo podemos-”

“No hace falta, hermano,” intervino Lord Remund. “Quédate a descansar; yo acompañaré a nuestra gentil dama.”

Lady Ferranda parecía tener un dolor de cabeza que apenas comenzaba, pero se mantuvo al margen, y Angharad pensó que tal vez sería lo mejor para ella también. Los Cerdan discutían, cada

vez más irritados y peor disimulando su enfado. Isabel cortó las contestaciones con una sonrisa dulce dirigida a Angharad.

“¿Me harías el honor, Angharad?” preguntó. “Nunca logré que me hablaras de Peredur.”

Las miradas fulminantes que le dirigieron parecían quemar su ropa, lo cual le irritó tanto que aceptó por despecho.

“Estoy a tu disposición, por supuesto,” dijo, levantándose con gracia.

Los rostros de los hermanos se oscurecieron, pero no fueron lo bastante groseros como para insistir cuando una invitación había sido claramente ofrecida y aceptada. Angharad ofreció su brazo para que Isabel lo tomara, y ambas se dirigieron a las escaleras, aunque su mirada se desvió hacia un lado mientras caminaban. Había oído a Lord Remund mencionar a otros malanís antes, pero ahora finalmente los veía. Sentados entre cajas, hablando en susurros, una joven pareja de muchachos estaba oculta allí. Detrás, una mujer mayor llena de cicatrices dormía la siesta. El hombre, de rostro estrecho pero de constitución fuerte, no dejaba de mirar a su alrededor, como buscando algo.

O a alguien, se dio cuenta Angharad con un frío escalofrío. Sus perseguidores sabían que ella se dirigía al Bluebell, a estas pruebas, e intentaron impedir que abordara el barco. Pero, ¿realmente se detendrían allí, cuando asesinos la habían seguido desde Peredur? No había pensado hasta ahora que tal vez hubiera un cuchillo contratado esperándola en el barco. La carta de su tío Osian insinuaba que en las pruebas todo estaba permitido, incluso el asesinato. La idea le puso los nervios de punta, tanto que Isabel lo notó. Por suerte, malinterpretó su motivo.

“Pueden ser un poco intensos,” admitió la mujer de cabello oscuro. “Pero me vendrá bien un poco de aire fresco en buena compañía.”

“¿Siempre han sido así?” preguntó Angharad, agradecida por cambiar de tema.

Subieron las escaleras, llamando la atención de los marineros en la cubierta inferior al pasar. Nadie intentó detenerlas, ya que unas horas antes un oficial había llegado para informarles que estaría permitido que algunos viajeros subieran a tomar aire, siempre que permanecieran fuera del camino.

“Antes eran más amables,” dijo Isabel con nostalgia. “Pero ahora todos tenemos deberes. Esto complica las cosas.”

Angharad inclinó la cabeza. Jamás había mostrado interés por los hombres, pero no siempre había sido así. Su condición de heredera de Llanw Hall a veces hacía difícil declinar sin ofender, ya que la vida noble no le pertenecía solo a ella.

“A veces deseo poder liberarme de todo esto,” confesó Isabel mientras subían por el último peldaño de las escaleras. “Y encontrar amor donde me plazca en cambio.”

Como si fuera un capricho del destino, ella terminó la frase justo cuando ambos alcanzaron el puente, y la vista le cortó la respiración a Angharad. La hermosa Isabel, vestida con seda bordada en amarillo, con ojos que brillaban como esmeraldas y su delicado rostro enmarcado por cabellos oscuros como alas de cuervo —todo ello con el Mar Trebian extendiéndose detrás de ella hasta donde alcanzaba la vista, aguas iluminadas con destellos dorados, mientras los grandes espejos y dispositivos en el firmamento dispersaban fragmentos de la luz del Resplandor por toda una extensión marina. Era un espectáculo sobrehumano, que secó la boca a Angharad y la dejó a medias como una tonta balbuceante. Ella tragó saliva. Isabel sonrió.

“Pero debo estar aburréndote,” dijo.

“Nunca,” insistió Angharad, maldiciéndose por la impaciencia que impregnó su respuesta.

Si Isabel hubiese notado, fue noble suficiente para no comentar nada mientras las conducía hasta el borde del navío. Allí, se apoyaron contra la borda, dejando que el viento revolviere sus cabellos mientras la Bluebell surcaba las tranquilas aguas del Mar Trebian. Era una vista extraña comparada con las oscuras aguas que rodeaban las Islas, donde la penumbra del Gloam se extendía profunda. A diferencia de su pueblo, las potencias que bordean el Mar Trebian nunca tuvieron que temer que un barco desapareciera en la oscuridad y volviera años después —si es que volvía. Las luces que descendían del firmamento eran solamente un tenue reflejo del Resplandor, pero bastaban para impedir la formación de la mayoría de las tormentas y, lo que es más importante, evitar que los marineros padecieran la enfermedad del Gloam.

Nunca fueron muchos los marinos de este mar que, por falta de exposición al Resplandor, quedaron convertidos en huecos pálidos sin alma inmortal para reencarnar.

“¡Mira, ya está tan lejos!” exclamó Isabel, señalando en la distancia.

Angharad siguió con la mirada el dedo hacia la vista de dos haces de Resplandor que caían del firmamento sobre un conjunto de luces lejanas, como espadas atravesando la oscuridad. Sacromonte, a diferencia de la mayoría de las grandes ciudades de Vesper, no se había levantado bajo alguna maquinaria bendecida de los Antediluvianos que dispensa luz en patrones. Se encontraba bajo la simple cavidad de un Resplandor. La luz que tocaba los distritos nobles de la ciudad provenía de un agujero rasgado en el firmamento, directo del sol inclemente que había convertido el Viejo Mundo en ceniza y polvo.

“Algún día deberías ver las Islas,” rio Angharad, sacudiendo la cabeza. “Están bajo un gran pozo cuya luz cubre todo, salvo los confines más alejados de Peredur y Uthukile. Se puede observar desde semanas antes si no hay tormenta de Gloam ocultándola.”

“Me encantaría viajar algún día,” sonrió Isabel, “pero seguramente nuestro rincón de Vesper tiene sus propios encantos.”

Angharad mordió una respuesta demasiado apasionada, obligándose a desviar la mirada. Una forma en el horizonte le entregó un alivio momentáneo, una respuesta que no la convertiría en una tonta. Asintió, apuntando hacia una torre torcida y medio sumergida que sobresalía en la distancia. Brillaba con espejos rotos y maquinaria de éter.

"Por supuesto, no hay otro lugar donde se conserven tantas maravillas antiguas," afirmó Angharad.

Aunque muchas estaban ahora en ruinas, como debía ser esa torre, su propósito había sido perdido en siglos pasados o sus mecanismos intrincados estaban fuera del alcance incluso de los mejores artesanos de Tianxia. Los Antediluvianos construyeron sus milagros en tiempos remotos del Primer Imperio, hace incontables siglos, y desde entonces Vesper había pasado por muchas ruinas.

"Pensaría que se podrían hallar placeres más novedosos," le dijo Isabel, con un tono algo mordaz.

Angharad tosió, avergonzada, mientras intentaba leer el rostro de la otra mujer sin éxito. La belleza de cabello oscuro suspiró, colocando distraídamente una mano sobre el brazo de Angharad. La noble maldijo las ataduras de su lengua, que se negaban obstinadamente a deshacerse. ¡Y pensar que la habían elogiado por su seducción artística en su último amor!

"Cuéntame sobre Peredur," preguntó Isabel, quizás compadeciéndose.

Angharad lo hizo con gratitud, hablando de las costas rocosas y áridas donde los bosques de navíos se ocultaban en ensenadas secretas, de las colinas verdeantes y los profundos bosques que se extendían hacia el este. Isabel parecía fascinada, siempre pidiendo más, y aunque todo parecía haber ocurrido en un instante, el dolor en sus brazos contra el costado del barco le indicaba que había pasado mucho más tiempo del que parecía. Era hora de partir, pero Angharad rehusó acompañarla de regreso. Habló de querer echar un último vistazo a la cubierta, aunque en realidad quería recomponerse.

Fue una despedida dulce y Angharad cerró los ojos, exhalando un largo suspiro. Había sido demasiado evidente y sentía vergüenza de sí misma. Había actuado de manera inapropiada para una dama de su linaje y, además, había sido una mala idea, considerando que Isabel Ruesta tenía varios pretendientes insistentes. Reprimiendo su nerviosismo, abrió los ojos y vio que el barco se acercaba a la torre en ruinas que había avistado antes. En las aguas a su alrededor, escondidas entre oscuras ondas, nadaban formas espectrales. La empequeñeció, inclinándose más sobre el costado, y distinguió una línea que bajaba por una espina dorsal que emitía una luz fantasmal, acompañada de algunos brazos kúbicos. Desde un nuevo ángulo, pudo incluso distinguir que algunas de esas criaturas nadaban junto al barco.

"Mánticas."

Angharad casi saltó del susto, retrocediendo y alcanzando la empuñadura de su espada, mientras se giraba hacia la mujer que la había abordado. La reconoció; era Tianxi, con su cabello oscuro trenzado hacia la espalda. Una muchacha de rostro justo, no mayor que Angharad, aunque sus ojos plateados resultaban inquietantes. Cuanto más los miraba, más le convencía de que no tenían un tono natural. La mano de la noble permaneció cerca de la empuñadura de su sable, ya que la otra mujer también llevaba su propia arma: una espada recta al estilo Tianxi, un jian.

"¿Perdón?"

"Se llaman manticas, esas criaturas que estás observando," explicó la extraña. "Los lierganen afirman que se alimentan de los cuerpos de marineros que fallecieron demasiado pronto. Son

carroñeros, sin embargo, láres y no lemures."

La mayoría de las naciones no hablaban del mundo como lo hacían Malani y Pereduri, todos los espíritus bajo el Sueño del Dios, sino que usaban los antiguos términos lierganen. 'Láres', para bestias que compartían el éter pero no necesariamente eran hostiles a los hombres, y 'lemures' para aquellas que cazaban a la humanidad con odio, sin importar la necesidad.

"Gracias por la lección," respondió lentamente Angharad.

Incluso lo sentía en parte.

"Lo interesante," musitó la extranjera, "es que se dice que evitan los barcos."

Angharad frunció el ceño.

"Algunos nos están siguiendo," señaló.

"Y llevan varias horas," asentó la extranjera. "Es la tercera vez que me acerco a mirar."

La noble dio un paso cauteloso hacia atrás. Para ella, aquello ya no parecía un encuentro fortuito, una charla trivial entre tripulantes.

"¿Quién eres tú?" preguntó. "¿Por qué te acercas a mí?"

"Simplemente quería echar un vistazo a la mujer sobre cuyo disparo se realizaron los tiros," respondió la Tianxi con calma. "En cuanto a mi nombre, pueden llamarme Song."

Los dedos de Angharad se cerraron firmemente alrededor del mango de su espada.

"Has tenido tu oportunidad de mirar," dijo ella.

"Así es," aceptó Song. "Y eres tan interesante como pensaba, así que te dejo con una advertencia."

La Tianxi se dispuso a partir, deteniéndose solo antes de pasar junto a Angharad.

"No te hagas ilusiones de que esta nave sea segura. A este ritmo, habrá problemas mucho antes de llegar a la isla."

Y con esa advertencia inquietante, la desconocida de cabello oscuro se alejó. La noble la observó partir, aflojando el agarre de su espada solo cuando la 'Song' desapareció por debajo de la cubierta.

El viento le Rozó la cara, y Angharad quedó preguntándose si siempre había sido tan frío.